Miércoles, 12 de diciembre 2012

# Producción de la Democracia

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2012/12/last-weeks-post-here-on-archdruidreport.html

El post de la semana pasada en el Informe Archidruida intentó plantear una pregunta que, a mi entender, merece mucha más discusión de la que recibe en estos días. La mayoría de las formas populares de tratar de ejercer presión sobre el sistema político de Estados Unidos presuponen que los políticos prestarán atención si las personas, o los activistas que dicen hablar en su nombre, simplemente hacen el ruido suficiente. La dificultad es que los activistas, o para el caso las personas, no están dando realmente los políticos ningún motivo para que les presten atención; ellos simplemente están haciendo ruido, y los políticos están cada vez más convencidos de que el ruido puede ser ignorado impunemente.

Eso es lo que quise decir cuando señalé que las protestas, manifestaciones, peticiones, campañas de cartas, y similares “consumen” democracia. Estos modos estándar de activismo sólo funcionan si las personas que toman las decisiones tienen alguna razón para pensar que los activistas pueden seguir adelante con algún tipo de acción más eficaz si son ignorados, como un serio desafío en la próxima elección. Son esas otras acciones las que producen la democracia o, en términos menos metafóricos, pueden convencer a los dirigentes electos de que ignorar a los activistas podría poner en riesgo sus carreras.

Lo que diferencia a la democracia de la mayoría del resto de sistemas de gobierno es que ofrece a los ciudadanos una vía pacífica para ejercer en este tipo de amenazas. Esta es una gran ventaja, por la más práctica de las razones. En las sociedades autocráticas, donde la población no tiene manera de deshacerse de los dirigentes ineptos salvo mediante una revolución, una gran cantidad de estupidez e incompetencia administrativa queda impune. La idea de que las autocracias son, por definición, más competentes que las democracias es simplemente mentira; los anales de los Estados autocráticos como el antiguo régimen de Francia y la Rusia comunista están llenos de ejemplos de la más flagrante incompetencia y no es cierto, a pesar de las consignas, que Mussolini lograse que los trenes llegaran a su hora. Simplemente es más fácil ocultar la estupidez gubernamental en una autocracia, ya que no hay medios independientes de control del gobierno para airear los hechos y avergonzar a los poderes establecidos.

Sin embargo, esa ventaja, una vez más, depende de la posibilidad de que los ciudadanos puedan votar a granujas. En Estados Unidos de hoy, esa posibilidad es mucho más que teórica. Ya he discutido en un buen número de posts cómo lo que antes era uno de los sistemas democráticos más vitales y más sólidos del mundo ha degenerado en un simulacro de democracia, una reminiscencia desagradable de los viejos estados del bloque del Este, donde todo el mundo tenía derecho a votar a una lista preseleccionada de candidatos, que apoyaban todos las mismas cosas. Las razones de la decadencia son complejas, y ya las he comentado en detalle. Lo que quiero abordar esta semana es lo que se podría hacer al respecto, algo que requiere un segundo vistazo a las fuerzas compensatorias que una vez estuvieron firmemente ancladas en la base del sistema americano.

Un experimento mental podría ayudar a aclarar estas cuestiones. Imagina, querido lector, que a principios del año próximo oyes que un par de legisladores y figuras de los medios populares en tu estado hablan de crear un nuevo partido político que ofrecerá una alternativa significativa a la situación de estancamiento en Washington DC. Los dos grandes partidos los ignoran, pero a principios de 2014, el nuevo partido más o menos ha echado a andar y los candidatos bajo su bandera se están postulando para el Congreso y para una serie de cargos en los estados. La mañana después de las elecciones de 2014, republicanos y demócratas en todo el país se despiertan con que tendrán que lidiar con una significativa presencia de terceros en el Congreso y que un puñado de gobiernos estatales están controlados de cabo a rabo por el nuevo partido y tienen capacidad de bloqueo.

Los dos años previos a la elección 2016 pasan en un torbellino de actividad política mientras los viejos partidos luchan para recuperar su monopolio global sobre el proceso político y el nuevo partido

maniobra para lograr presencia nacional. En 2016, el nuevo partido nombra a su primer candidato presidencial, un destacado activista con larga trayectoria pública. La campaña electoral se desarrolla en una batalla desigual, y el nuevo partido sufre una gran derrota; pierde muchos miembros en el Congreso y pierde también los gobiernos de los estados. Los expertos insisten en que todo fue flor de un día, pero quedan totalmente perplejos al ser desautorizados en las elecciones de mitad de período en 2018, cuando el nuevo partido logra un resultado inesperado, ganando una mayoría en la Cámara de Representantes y casi duplicando su presencia en el Senado.

Los resultados del nuevo partido han puesto a prueba la estructura existente de la política partidista estadounidense hasta llevarla al punto de ruptura. A medida que se acercan las elecciones de 2020, el Partido Demócrata, sobrepasado y marginado por el nuevo partido en auge, se desintegra en luchas intestinas y no logra presentar ningún candidato presidencial. El partido republicano se rompe en dos, por un lado los del Tea Party, por otro y los Republicanos del Club de Campo compiten entre sí, organizan dos convenciones del partido y cada grupo acaba presentando a sus propios candidatos a la presidencia y vicepresidencia. Sin embargo, surge otro nuevo partido, compuesto principalmente por políticos de la vieja guardia, lo que se puede llamar vieja política de lo malo conocido, que va y nombra a su propios candidatos. Según la ley estadounidense, cuando un partido obtiene la mayoría de votos en un estado determinado, se lleva todos los votos de ese estado al colegio electoral, por lo que el nuevo partido, al lograr un voto popular mayoritario en un número suficiente de estados, consigue que su candidato acabe levantando su mano el 20 de enero de 2021 y toma posesión de su cargo como presidente de la nación.

Si se describe este escenario a los estadounidenses de hoy en día, inmediatamente lo descartarán como imposible. Es algo sumamente curioso, puesto que cada detalle del experimento mental que he resumido ha tenido lugar en un período anterior de la historia estadounidense. Los años en cuestión fueron entre 1854 y1860, y el nuevo partido emergente fue el Partido Republicano; los Whigs fueron el partido que hizo implosión, los demócratas el partido que se dividió en dos, el cuarto de los invitados fue el efímero Partido Constitucional de la Unión y, por supuesto, el personaje que juró el cargo de presidente en 1861 fue Abraham Lincoln.

Sin embargo, es cierto que un vuelco de este estilo sería mucho más difícil en la actualidad. Diferentes factores se combinan para hacer que sea así, pero en mi opinión, el más importante de ellos es el hecho brutalmente simple de que las habilidades que necesarias para que esto ocurra ya no se dan en los activistas o, para el caso, en los ciudadanos americanos en general. La organización de un nuevo partido político, la creación de una circunscripción a nivel nacional, y lograr en consecuencia que la maquinaria de la democracia dé un vuelco requiere la aplicación pragmática de ciertas habilidades aprendidas y posibles de aprender, que la mayoría de los estadounidenses de hoy desconocen y muestran bien poco interés en aprender. Hay, a grandes rasgos, tres de estos conjuntos de habilidades, y vamos a ir por partes.

El primero no se puede discutir sin tener que abrir una gigantesca lata de gusanos, nos llevará el resto de este post y aún quedarán cabos sueltos retorciéndose en todas las direcciones, pero eso no se puede evitar. Me gustaría empezar con el abrelatas e ir a una de las conversaciones más extrañas de la entrada de la semana pasada. Mis lectores habituales recordarán que uno de los temas centrales de ese post fue la sugerencia de que, aunque los sistemas democráticos son rutinariamente corruptos y sufren de muchos otros problemas generalizados, por lo general ofrecen más derechos civiles y el acceso más consistente a un procesamiento regulado para sus ciudadanos que los sistemas autocráticos, y esto es cierto incluso en un entorno no industrial.

Uno de mis lectores se tomó esta afirmación a la tremenda, insistiendo en que los EE.UU. pre-industriales no eran mejor que cualquier otro país de la época. En el debate que siguió, sin embargo, surgió el detalle que quiero destacar. Para defender su postura, el lector habló sobre el sistema carcelario actual de EE.UU., la perversidad de los derechos sobre la propiedad intelectual, y una serie de cuestiones irrelevantes para el asunto, para terminar con la afirmación de que, dado que Adolf Hitler fue elegido canciller de Alemania en 1933, la Alemania nazi era una democracia y, por tanto, la democracia era mala. Ninguno de sus argumentos tenía que ver con el hecho de si los ciudadanos de los Estados Unidos en sus días pre-industriales tenían más derechos civiles y acceso a un proceso reglado que los

ciudadanos de países autocráticos en la misma época. Por favor, ten en cuenta, que estos derechos no se aplican a todos los residentes, y mucho menos a los extranjeros; las democracias abusan de los no-ciudadanos más o menos lo mismo que otras formas de gobierno, por eso he especificado “ciudadanos” en mis palabras claramente tibias de elogio de los derechos civiles.

Es un hecho histórico que en 1800, por ejemplo, cuando Estados Unidos era todavía casi totalmente un país agrario, un ciudadano estadounidense podría levantarse en una reunión pública en cualquier lugar del país, decir que el presidente Adams era un mentiroso, un ladrón y un sinvergüenza que debía ser expulsado de su cargo a la primera oportunidad, y todo ello sin sufrir sanción civil o penal alguna; podría seguir con la misma tranquilidad haciendo uso de la palabra, haciendo todo lo posible para echar a Adams y poner a Tom Jefferson en su lugar. Es asunto históricamente interesante recalcar que hacer un comentario similar en el mismo año, sobre el primer cónsul Napoleón Bonaparte, sobre el zar Pablo I, sobre el sultán Selim III, el emperador Jiaqing, o el Shogun Tokugawa Ienari en los respectivos dominios de estos autócratas habría dado lugar a una muerte dolorosa, o en el mejor de los casos a una larga estancia en prisión en condiciones horribles. Y no digamos hablar de lo que les habría pasado a quienes hubieran mostrado algún signo de tratar de reemplazar estos jefes de estado por algún otro candidato. Esa es una diferencia importante en cuanto a los derechos civiles, y es de lo que estaba hablando, pero mis intentos para sugerir al lector que no estaba contestando a mi punto de vista sólo fueron respondidos por comentarios cada vez más irritados que insistían en que sí, que estaba respondiendo.

Finalmente me di cuenta de que desde su punto de vista, me estaba respondiendo, ya que el lector pensaba que yo estaba diciendo algo así como "la democracia es buena", o, más exactamente que la palabra, el ruido verbal "democracia" debería estar vinculado con sentimientos cálidos y suaves. Él insistía en responder, más o menos, que el ruido verbal "democracia" estaba vinculado a sentimientos ásperos y fríos, y su estrategia era la de una retórica muy común en Internet en estos días: simplemente la estrategia de intentar asociar diferentes sensaciones ásperas, espinosas y frías con el ruido verbal en cuestión, con la esperanza de que esos sentimientos ásperos y fríos evocasen al ruido verbal en cuestión. El hecho de que yo podría estar tratando de hacer algo distinto de vincular un ruido verbal a un estado emocional aparentemente no se le ocurrió al lector.

Es justo señalar que no fue la única persona cuyo comentario al post implicaba una vinculación emocional igualmente simplista. En el otro lado del espectro político, por ejemplo, hubo un lector que insistió en que los Estados Unidos no era un imperio, porque los imperios son malos y los Estados Unidos son buenos. Para él, el ruido verbal "imperio" estaba ligado a sentimientos fríos y espinosas, insoportablemente contrapuestos con los sentimientos cálidos y difusos que vinculaba a la palabra "América". Es un buen ejemplo del lumpen-aristotelismo contra el que Alfred Korzybski[1] luchó en vano : “A” es “A” y, por tanto, “A” no puede ser “no-A”, incluso aunque “A” sea una hipergeneralización que se refiere principalmente a un estado emocional y abarca una variedad de abstracciones vagamente definidas, sin conexión entre ellas y el ruido verbal (tan sólo se asigna de forma arbitraria el sentimiento emocional con una palabra).

Traigo a colación estos ejemplos porque son bastante comunes. Los traigo porque representan muy adecuadamente buena parte del debate político en Estados Unidos hoy. Abundan los ejemplos; piensa en cómo la derecha utiliza la palabra “socialista” para significar exactamente lo mismo que palabra

[1] N. del T. Alfred Habdank Skarbek Korzybski (1879 - 1950) es conocido sobre todo por desarrollar la teoría de la semántica general. Su primer libro, Manhood of Humanity fue publicado en 1921. En él propone y explica en detalle una nueva teoría de la humanidad, en la que destaca la capacidad de ésta de transmitir conocimiento durante generaciones (time-binding), lo que distingue a nuestra especie del resto de animales.
La obra de Korzybski culminó en la fundación de la disciplina que llamó semántica general. Como dijo explícitamente, la semántica general no debe confundirse con la semántica, una disciplina diferente. Los principios básicos de la semántica general, que incluyen el time-binding, están trazados en Science and Sanity, publicado en 1933. La esencia de la obra de Korzybsky es la declaración de que los seres humanos están limitados en su conocimiento por la estructura de su sistema nervioso y la estructura de sus lenguas. Los seres humanos no pueden experimentar el mundo directamente, sólo a través de sus abstracciones (impresiones no verbales que provienen del sistema nervioso e indicadores verbales que provienen de la lengua). A veces las percepciones y la lengua confunden al hombre que cree que son los hechos con los que debe tratar. El entendimiento humano de lo que está pasando carece en ocasiones de similitud de estructura con lo que está pasando realmente. Puso énfasis en los beneficios de entrenar la concienciación de la abstracción usando técnicas que había obtenido de su estudio de la matemática y la ciencia. Llamó a esta concienciación, meta de su sistema, "conciencia de la abstracción". Su sistema trata de modificar la manera en la que los humanos interactúan con el mundo. Fuente: https://es.wikipedia.org/wiki/Alfred_Korzybski

“fascista” significa para la izquierda. Hablando en plata, la traducción real sería “te odio”, pero ambas podrían estar mucho mejor representadas por la mueca que hace un babuino cuando enseña los dientes como amenaza. Está claro que palabras como “democracia” e “imperio” tienen un concreto significado específico por sí mismas, pero no te darás cuenta desde fuera viendo como se usan en estos días.

Por otra parte, me pregunto cuántos de mis lectores han tenido, como yo, la experiencia de tratar de hablar de las medidas políticas y del comportamiento de un político cuando el interlocutor insiste en reducirlo todo a personalidades. Pienso en un intercambio de correos electrónicos que he sufrido hace tiempo, en el que mi corresponsal trataba de convencerme de que estaba equivocado al criticar a Barack Obama, porque que era un buen hombre, un hombre íntegro, y así sucesivamente. En cada comentario siempre consiguió arrimar su ascua a la sardina de la personalidad o del hombre, o más precisamente, a las impresiones que mi interlocutor de internet tenía sobre su personalidad, obtenidas de tercera mano en los medios de comunicación. Cuando llegamos al punto de hablar de que las políticas de la administración Obama copiaban a las de su predecesor, por ejemplo, me dio una fría respuesta sobre lo equivocado que estaba al equiparar a Obama con Bush, siendo ambos personas tan diferentes. En la mente de mi interlocutor, después de todo, uno de ellos estaba vinculado con sentimientos cálidos y difusos, mientras el otro tenía que ver con sentimientos ásperos y fríos, y por definición, “A” no puede ser igual a “no-A”.

Hay un aspecto muy importante en todo este asunto: lo que pasa es que la gran mayoría de los estadounidenses nunca han aprendido a pensar. Subrayo la palabra “aprendido”; pensar es una habilidad que se aprende, no una habilidad innata. El tipo de actividad mental que es natural para los seres humanos es exactamente el tipo de vinculación de ruidos verbales con los estados emocionales y vagas abstracciones que he descrito anteriormente. Se necesita aprendizaje para ir más allá para averiguar si los ruidos verbales significan algo, para reconocer que un estado emocional no es una descripción objetiva de la acción que lo desencadena y para reemplazar las abstracciones por conceptos claramente definidos que lo aclaren, no que lo emborronen.

Por supuesto, ahora tenemos un sistema educativo en los Estados Unidos. Más concretamente, tenemos dos sistemas educativos, uno de educación pública que proporciona consistentemente una de las peores educación en el mundo industrial, y una industria de la educación superior que ofrece poco más que formación para un trabajo, y en estos días, por lo general, produce formación en trabajos que no existen. En ambos sistemas puedes ir pasando de curso con buena nota y no aprender nunca a examinar una discusión para ver si tiene sentido o comprobar los hechos que sustentan una suposición. Eso es un problema para multitud de razones, pero una de ellas tiene que ver directamente con el argumento de este post, porque es un asunto de interés histórico, una vez más, que la política democrática sólo funciona cuando las personas que tienen derecho a voto, sea grande o pequeña la proporción de la población con derecho al voto, haya tenido una educación en las habilidades básicas del pensamiento.

Por eso los primeros intentos de democracia occidental surgieron en el mundo mediterráneo antiguo, especialmente, pero no sólo, en las ciudades-estado de Grecia, en cuanto la sustitución de los jeroglíficos por alfabetos logró que la capacidad de leer y escribir fuera algo común entre los habitantes de las ciudades y una de las grandes revoluciones intelectuales de la historia fue la invención de la lógica y las matemáticas formales. Por eso las ideas democráticas comenzaron a extenderse de forma explosiva por toda Europa Occidental desde el momento en que la enseñanza dejó de ser un monopolio de las instituciones religiosas y se reorientó hacia los mismos principios lógicos y matemáticos que habían provocado un cambio similar en el Mediterráneo antiguo, cortesía del Renacimiento y sus secuelas. Ese es el motivo de la extensión de la democracia a grupos antes excluidos en los Estados Unidos que sucedió, con distintos tiempos de retraso, a la extensión de la educación pública a estos mismos grupos, y es también el motivo que explica que el colapso de la educación en Estados Unidos en las últimas décadas haya sido seguido rápidamente por el colapso de la democracia estadounidense.

Es bastante común escuchar afirmaciones de que los votantes estadounidenses de generaciones anteriores seguramente estaban tan mal equipados en las habilidades del pensamiento como los votantes actuales. Yo animaría a cualquiera de mis lectores que hacen tal afirmación, o a quienes les gusta pensar que los habitantes de nuestra autodenominada sociedad de la información

necesariamente son mejores pensando que los de épocas anteriores, que se tomasen el tiempo de leer atentamente los debates entre Lincoln y Douglas, y luego compararlos con los debates presidenciales de este año. Recuerda que Lincoln y Douglas no se dirigían a una audiencia de licenciados y doctores; se enfrentaban en una disputada elección para el Congreso, delante de un público de agricultores, molineros, tenderos y artesanos, los votantes ordinarios de Illinois en 1858, algunos de los cuales no tenían más que una educación primaria y muchos de los ellos ni eso. Las pretensiones de los Estados Unidos de hoy quedan en muy mal lugar cuando sus candidatos presidenciales tienen unos debates tan pobres que una audiencia de trabajadores de un matadero de Chicago en 1858 habría considerado de una vergonzosa simpleza.

Esa es una de las muchas razones por las que la construcción de un marco para la educación de adultos fuera de las garras de la actual industria de la educación estadounidense es una de las necesidades más apremiantes de estas próximas décadas. Pero este asunto necesita por sí mismo toda una serie de mensajes. Lo que quiero subrayar ahora es que enseñar a pensar a los electores no es el único reto; a mis lectores que puedan estar involucrados en tratar de cambiar el rumbo de la sociedad americana contemporánea a cualquier nivel y por cualquier motivo, le pueden resultar útil echar una mirada fría y escéptica a sus propios procesos mentales y a los de los movimientos que quieren apoyar.

Ocurre que muchísimos de los argumentos y evidencias que se presentan en el contexto activista actual, no son más que el mismísimo tipo de vinculación de ruidos verbales con reacciones emocionales básicas, "cálidas y difusas" o "frías y ásperas", según sea necesario. Seguro que en este asunto hay algo de manipulación cínica y premeditada por parte de los operadores astutos que accionan las palancas emocionales de sus objetivos, pero un manipulador frío y cínico que ve que sus maniobras no suelen funcionar, normalmente cambia de mañas y trata de encontrar algo que trabaje mejor. Pero no es eso lo que vemos entre los activistas. Ten en cuenta, por ejemplo, que el movimiento contra cambio climático pasó de ser un monstruo aparentemente imparable hace una década a la casi total parálisis de la actualidad. La estrategia elegida por la gran mayoría de los activistas del cambio climático podría describirse adecuadamente como la producción en masa de mensajes ásperos y fríos; cuando la otra parte en el debate descubrió la manera de contrarrestarlo, la única respuesta de los activistas fue gritar "¡Frío y espinoso!" ,"!Áspero y frío!", "¡¡¡PUNTIAGUDO Y FRÍO!!!" tan fuerte como podían, y luego se preguntaban por qué nadie los estaba escuchando.

No se puede elaborar una estrategia eficaz si los procesos mentales se limitan a vincular los ruidos verbales a reacciones emocionales simples y abstracciones vagas. Tan sencillo como eso. Hasta quienes esperan tener una influencia en cualquier nivel lo reconocen, no conseguirán la influencia que buscan y Estados Unidos seguirá con el piloto automático, dando tumbos hacia su lamentable final. Una vez que superemos este obstáculo, los siguientes pasos son mucho más fáciles. Los veremos la próxima semana.